

Al principio todo fue vacío. De este nació la Luz, donde ella no llegaba se gestaba la Sombra, su opuesta. Vinieron después de forma simultánea el Fuego, el Agua, el Aire, la Tierra. Juntos crearon al mundo por su propia inercia, decidieron coexistir, pero este era yermo, silencioso. Del silencio nació la Sangre, con el deber de crear vida, dar música, calor al mundo. Así lo hizo, formando la esencia de la vida según las leyes que rigen la armenia, la hizo eficiente, con representación equitativa de sus iguales. La Sangre dio origen a la vida, la muerte, alcanzándose el equilibrio de todas las cosas, hasta que un ser nuevo llegó al mundo.

Sangre encontró a este ser en estado de unicidad absoluta, era débil, sin recursos, parecida a algunos primates que poblaban bosques de su creación. Su cabello era rojo como la esencia del dios, sus ojos estaban cubiertos de lágrimas.

El dios se acercó a ella, le habló. Esta, asustada en un principio desconfió, pero al ver la bondad del ser divino aceptó su ayuda pues no quería estar sola, algo que la Sangre no entendió pues no conocía la compañía, por ende, la soledad. El ser indefenso se presentó a sí misma como un humana cuyo nombre era Ishtar y quiso saber el nombre del dios; y este le respondió que no conocía aquello que denominaba "nombre" pues era la esencia de la vida del mundo y lo que le da forma. Ella no le comprendió y decidió apodarar al dios con el nombre "Eshtar".

Eshtar descubrió a través de Ishtar la existencia de otro mundo, de otra vida, de otros seres como ella; y en agradecimiento este le mostró su mundo. Durante años la guio por las montañas más altas, cruzaron los mares, sintieron el calor del desierto y la mordedura del frío de la tundra. Le enseñó los secretos de los elementos, de la vida, de la muerte, sus leyes que los conforman. La crió como parte de su ser, esta le respondió con aquello que llamamos amor, lo amó como un padre y Eshtar a ella como una hija. Le dio todo, creó las flores más bellas, los seres que anidaban en las fantásticas narrativas de la imaginación humana, pero algo fallaba.

Pues en un día Ishtar se entesteció. Quería volver a su mundo, descubrir la belleza que desconocía. Eshtar la suplicó que no marchase durante varios días, pero la voluntad de la joven era más fuerte que un dios y logró encontrar la manera de volver su tierra natal. Destrozado, el dios le permitió partir con la condición de que algún día volviera y poder ver su alma para saber que estaba bien, ella aceptó y se marchó. Eshtar pasó los días viendo el alma de Ishtar y como se llenaba de asombro y emoción, a su vez nuevos humanos llegaban a su mundo de forma que no comprendía; considerándolos iguales a ella los dejó explorar libremente. Mientras observaba los avances espirituales de la humana, el dios ideó como prepararse su retorno con las formas de vida más hermosas para su deleite, pero un día todo cambió, el alma de Ishtar se comenzó a llenar de emociones negativas que el dios desconocía junto con las antes conocidas. Eshtar sintió miedo, del miedo nació la obsesión, haciendo que ignorase su deber de vigilar el mundo para contemplar el alma de Ishtar, su luz. Pero esa luz se apagó, Ishtar llegó al final de sus días sin volver jamás; en ese instante la mente de Eshtar se quebró, desolado contempló el mundo, para contemplar el horror.

Los humanos habían segado las flores, talado los bosques y esclavizado a los animales mediante el poder de los elementos ¡Incluso se mataban entre ellos! Tras esto, el dios aguardó, con el corazón lleno de odio hacia la vida misma, pues esta le había abandonado tras mostrarle la humanidad, un ser imperfecto, diferente a Ishtar. No. Ella tampoco era distinta, no cumplió su promesa, era igual a los demás. Si Ishtar le había abandonado, la belleza no debía existir, pues no era necesaria. Todo volvería al vacío como debía ser. Así el dios aguardó, hasta el día que pudiese vengarse por todo lo acontecido.

Esta es la historia de como Sangre conoció la compañía gracias a Ishtar, después la soledad; su inicio, su final.